

LA ONU, ESTADOS UNIDOS Y LOS DIQUES DEL VIETNAM

EL lunes 24 de julio, el secretario general de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim, dio una conferencia de prensa en la que manifestó su preocupación por el posible bombardeo sistemático de los diques de Vietnam del Norte. No tenía pruebas, dijo, pero sí informes que había recibido por «canales privados». Waldheim apelaba a los Estados Unidos para que detuviera esos bombardeos, si realmente los estaba efectuando, «porque si los diques se destruyesen eso supondría un enorme desastre para la población de ese área». La advertencia ha merecido una réplica desabrida del Presidente Nixon, que tiene la gravedad de enfrentarle no sólo con el nuevo secretario general, sino con la ONU, por la que muestra un considerable desprecio: «Waldheim —dice Nixon—, igual que su predecesor, ha sido arrastrado por la propaganda inspirada por el enemigo, que ha prendido también en muchos ingenuos». Uno de estos otros ingenuos es el secretario general del Consejo Mundial de las Iglesias, Eugene Carson Blake, que en el mes de abril quiso ver a Nixon para advertirle del problema de los bombardeos a los diques y no fue recibido. (El Consejo Mundial de las Iglesias es un secretariado de unos doscientas iglesias protestantes, anglicanas y ortodoxas, en ochenta países, y está regido por un comité central de 120 personas.) Lo peor de todo esto es que, finalmente, los Estados Unidos han debido reconocer de cierta forma que, en efecto, ha habido bombardeos sobre los diques.

LOS diques de Vietnam del Norte suman, en total, unos 3.500 kilómetros; contiene el río Rojo, que cada año eleva un poco su nivel, como consecuencia del depósito continuo de lodo arrastrado por las lluvias y las crecidas de cada temporada. La altura del río Rojo sobre el nivel de las tierras que le circundan tiene de diez a quince metros; en la zona de Hanoi, sobre la capital, está a una altura de unos seis metros. Las zonas protegidas por los diques están muy pobladas: aproximadamente, unos quince millones de personas de una población total de veintidós millones. Su destrucción, por lo tanto, causaría lo que Waldheim justamente describe como «un desastre para la población de ese área». (Véase TRIUNFO números 507 y 511.) Nixon es consciente de ese poder: «Si quisiéramos —ha dicho en la conferencia de prensa del jueves pasado, en la misma en que respondió a Waldheim—, podríamos aniquilarlos (a los vietnamitas), o por lo menos una parte significativa de ellos, en una semana». Más aún, Nixon ha asegurado que todavía no ha usado de su capacidad de «borrar a Vietnam del Norte en una tarde». McGovern ha respondido diciendo que Nixon «no ha estado a la altura de la dignidad de la Presidencia» al hacer esas declaraciones: «Parece como si le faltara una constancia de sentido moral, y eso es profundamente lamentable».

DESPUES de las declaraciones de Nixon, el secretario general, Waldheim, ha convocado al embajador de los Estados Unidos en la ONU, Bush. No se sabe el tono de la conversación: Bush, al salir del despacho de Waldheim, ha dicho sólo estas palabras: «Lo mejor que puedo hacer acerca de este tema es callarme». En cuanto a Waldheim, su portavoz oficial tampoco se ha referido a esta conversación, pero ha insistido en que no es

la primera vez que Waldheim se preocupa por Vietnam. Waldheim había ya dirigido un memorándum al Consejo de Seguridad en el que decía: «Estoy profundamente convencido de que las Naciones Unidas no pueden continuar por más tiempo siendo meramente un espectador mudo del horror de la guerra y de los peligros crecientes que plantea a la paz internacional». Es ciertamente anómalo que un tema como el de la guerra de Vietnam no haya sido nunca debatido ampliamente por las Naciones Unidas, y que no haya llegado al Consejo de Seguridad, tan pródigo en recomendaciones, resoluciones, amenazas y condenas en casos relativamente menores.

LO más dramático de esta cuestión es que, finalmente, los Estados Unidos han llegado a admitir que ha habido bombas sobre los diques. El 28, el Departamento de Estado anunciaba que los reconocimientos fotográficos de las zonas bombardeadas mostraban «daños menores» en «sólo doce de los diques de Vietnam del Norte, aunque ninguno de ellos en la zona de Hanoi; daños «que pueden ser reparados en una semana», y que se justifican porque están «próximos a objetivos de guerra». Es cierto que sobre algunos de estos diques pasan carreteras y hasta líneas férreas. La proximidad a objetivos de los llamados de guerra es obvia, pero no parece lógico admitir el error cuando los Estados Unidos muestran en su propaganda las nuevas técnicas infalibles de bombardeo, por medio de rayos laser o de cámaras de televisión, que guían las bombas hasta su objetivo exacto. O fallan esas técnicas, o los bombardeos son deliberados.

AL día siguiente de esta nota del Departamento de Estado, la actriz Jane Fonda, de regreso de un viaje a Vietnam del Norte, ha dado una conferencia de prensa en Nueva York y ha proyectado películas que muestran los daños en los diques. Estos films, evidentemente, proceden de Vietnam del Norte, pero también los hay de la televisión sueca (las películas de la televisión sueca son probablemente las que más han influido en el Consejo Mundial de las Iglesias, y probablemente las que Waldheim ha visto en su reciente viaje a Moscú). «Creo —ha dicho Jane Fonda— que los bombardeos de los Estados Unidos sobre los diques son sistemáticos y deliberados». Y ha pronunciado estas palabras: «Ha llorado cada día que he permanecido en Vietnam. Pero he llorado por América. Las bombas están cayendo sobre Vietnam, pero la tragedia es americana... Es el cinismo de Nixon, sus mentiras y sus crímenes los que me hacen desearle verle alejarse de su cargo. Es una mancha en el nombre de América».

EL tema tiene, al menos, dos vertientes. Una, la de los diques en sí y la marcha de la guerra y de las conversaciones de paz. Otra, el de las relaciones de los Estados Unidos con la ONU. No parece que los bombardeos de diques se hayan realizado con toda la intensidad posible y deliberada, pero tampoco que hayan sido alcanzados por la simple proximidad de los otros objetivos de guerra. La aproximación de las bombas de Estados Unidos a los diques parece que forma parte de una campaña de intimidación de los Estados Unidos para favorecer una cesión en las conversaciones de paz, secretas y visibles, que se sostienen en París. Las mismas frases de Nixon que tanto han disgustado a McGovern y a la opi-



Obras provisionales de contención de aguas en Vietnam del Norte.



«He llorado cada día que he permanecido en Vietnam. Pero he llorado por América...». En la foto, Jane Fonda, durante su reciente visita a Vietnam del Norte.

nión liberal de Estados Unidos, «podríamos destruirlos en una semana», «podríamos borrar a Vietnam del Norte en una tarde» —alusión esta última no a los diques, sino a la bomba atómica; por eso ha dicho también que Vietnam del Norte no ha sufrido aún la intensidad de bombardeos que tuvo que sufrir el Japón— tienen también esa dirección. Nixon está emplazado a terminar la guerra antes de las elecciones de noviembre, o por lo menos a dar una dirección palpable y real a la paz. Aunque se insiste continuamente que McGovern no puede en ningún caso ganar los elecciones —el incidente Eagleton se ha hinchado desproporcionadamente: un problema de tráfico y unas depresiones nerviosas hace más de diez años pueden, sin embargo, ser temas populares pero desproporcionados ante la gran tragedia de la política actual—, hay menos seguridad en ello de lo que se supone. McGovern es un fenómeno relativamente nuevo, es un factor desconocido, y no se sabe todavía cuál puede ser su alcance, al menos de que realmente Nixon ofrezca algo sustancial. Nixon ganó sus elecciones hace cuatro años con la promesa de la paz, de la retirada, de lo que se llamó «el descompromiso» y, por el contrario, la guerra se ha endurecido, se ha extendido a toda la península Indochina y sigue amargando la vida nacional. Por eso esta aproximación a los diques, por eso la repetición de los bombardeos sobre Vietnam del Norte y sobre Hanoi. Es curioso que Nixon haya evocado como superiores los bombardeos sobre Alemania durante la guerra mundial, porque no lo fueron. Ni siquiera sobre Gran Bretaña. Recordemos el bombardeo de Coventry por los alemanes. De la destrucción de aquella ciudad quedó un verbo, en idioma inglés: «to coventry», «coventrizar». Es decir, destruir una ciudad mediante un bombardeo aéreo. La semana pasada hubo en un solo día dos bombardeos sobre Hanoi: en cada uno de ellos la intensidad de los explosivos lanzados era equivalente a cuatro veces el bombardeo de Coventry. Es indudable que Nixon está buscando una aceleración del fin de la guerra por la misma vía por la que la buscó el Presidente anterior.

El enfrentamiento con las Naciones Unidas es ya antiguo. Lo ha puesto de manifiesto el propio Nixon al referirse no solamente a Waldheim, sino a su predecesor, el casi mártir de la diplomacia internacional U Thant. A partir de él comenzó el distanciamiento de los Estados Unidos y la ONU; antes había sido la época del distanciamiento entre la ONU y la Unión Soviética (los secretarios generales Trygve Lie, por la cuestión de Corea, y Hammarskjöld, por la del Congo). Probablemente la personalidad de los secretarios generales no cuenta tanto como ciertos cambios históricos. La ONU, creada prácticamente por los Estados Unidos y en su propio territorio, con una abundancia de votos a favor durante la guerra fría, vino a cambiar de signo con la entrada masiva de los nuevos países procedentes de la descolonización —los neutralistas, el bloque afroasiático— y con la nueva política de coexistencia de la Unión Soviética. El cambio ha sido más notable desde la entrada de China, que los Estados Unidos han apoyado porque ya habían sido engarzados en el cambio de los tiempos. Aunque todavía ejerce una influencia considerable la presión de Washington, la ONU está dejando de ser un instrumento de los Estados Unidos, y esto forma parte de una pérdida de prestigio global como consecuencia directa de la guerra de Vietnam, y ello en dos sentidos opuestos: una pérdida de prestigio moral, por una parte, y una pérdida de prestigio militar —o de eficacia— por otra. Es, como dice Jane Fonda, una tragedia americana.

Los Contem pora neos

LAS ESPAÑAS, LOS DIFERENTES Y LOS PROFETAS DEL PASADO

Una cuestión que preocupa: ¿cuántas Españas hay? La tradición romántica (Larra) y la noventayochista (Machado) dice que dos, la nueva escuela dice una, y la novísima —la de los modernistas— dice que tres; se habla de una tercera España que sería neutralista. El señor Gallego Morell, de «Informaciones», cuenta muchas más —aunque él se declara de la escuela uniuquista—: la España de don Quijote y la España de Sancho, la de El Escorial y la de la Alhambra (o sea, la de la severidad y la de la voluptuosidad). También hay la España de don Cicutu y la España de Kiko Ledgarde, que son en la televisión como lo apolíneo y lo dionisiaco (¿cuántas Grecias había?) y, por el momento, la España de Spassky y la de Fischer, que son como Ormuz y Arimán (¿cuántas Persias había?).

Personalmente me inclino a creer que el número de Españas es variable en razón de las alteraciones demográficas. Debe haber en estos momentos —no tengo a mano las últimas estadísticas— unos 33.000.000 de Españas. Ya sé que se me puede acusar de caer en el mito del individualismo español (aquí, haga uno lo que haga, cae siempre en un mito: el país está minado de mitos que explotan fácilmente debajo de los pies), y recuerdo ahora haber leído en alguna parte uno de los argumentos más impresionantes contra el mito del individualismo: ¿cómo se puede acusar de individualista —decían aquellas líneas— a un país que ha inventado la Guardia Civil y la Compañía de Jesús? Pero si la Guardia Civil sigue unívoca, en cambio, en la Compañía de Jesús, hay desde hace tiempo algunos rumorillos que... Y, bien mirado, si se apuran un poco mis contradicciones, se verá que no soy individualista. En el fondo, yo tampoco creo más que en una sola España: la España de Pozuelo (¡qué paraíso!). Pero hay mucho anti-pozuelismo subversivo y solapado por ahí (jese Sixto Cámara!), capaz de maniobras de división... ¡Cuánta conjura!

El otro de los dos mitos combatidos por el señor Rodríguez de Valcárcel en su discurso conmemorativo de Balmes (que también creía en la España única y por eso se oponía encarnizadamente

a la España del profesor Sanz del Río) es el muy recientemente desenterrado de que España es diferente. Estoy de acuerdo. Siempre he creído que los diferentes son los otros. ¿Cómo vamos a ser diferentes nosotros, si somos nosotros? Creo que es un asunto bíblico («España es una nación bíblica», se ha dicho hace un par de meses) que comenzó con la torre de Babel, cuando se confundieron las lenguas al separarlas del castellano. No estoy seguro de si en este aspecto sigo bien la línea del señor Valcárcel, pero estoy bastante seguro de que sigo la de Balmes. El sacerdote de Vich ya se encontró con algunos de estos enigmas en la primera mitad del siglo XIX. Por eso escribió su «Protentantismo, comparado con el catolicismo en sus relaciones con las civilizaciones europeas», para oponerse a la «Historia de la civilización europea», de Guizot. Balmes explicaba entonces que el protestantismo no ha hecho progresar las formas de civilización, sino que las ha entorpecido. Era un clarividente. Un profeta.

Es otra materia en la que España está bien dotada: los profetas. Los más sorprendentes, los más originales, son los profetas del pasado. En otro país, en un país de los diferentes, estos profetas del pasado estarían ya becados, subvencionados, promocionados. Aquí tienen que vivir exclusivamente de sus cargos. Los profetas del pasado emiten juicios como estos que, modestamente, imito: «Se nos avecina un nuevo 1743». «Estamos en vísperas de un 4 de enero de 1822». «Hay que hacer lo posible para evitar que se repita lo de la noche de San Juan Bautista». También estos profetas del pasado saben cómo atacar a sus enemigos: «Aquél quiere reproducir lo del 9 de febrero de 1498; pero el otro nos pretende situar en un 5 de marzo de 1622...». ¡Admirables criaturas! En los profetas del pasado está, indudablemente, nuestro porvenir.

POZUELO